La transversalidad puesta en práctica: cuidados e inteligencia colectiva en la PAH

FELIPE GONZÁLEZ SANTOS
MONTSERRAT EMPERADOR BADIMON[1]

Las movilizaciones masivas se caracterizan porque la «ciudadanía ordinaria», heterogénea en cuanto a perfil socioeconómico, edad, género y raza, y desprovista de experiencias previas de participación, gana protagonismo frente a perfiles con experiencia militante (Onuch, 2014). Mientras que otras movilizaciones masivas como la Primavera Árabe o Euromaidan surgieron motivadas por la combinación de agravios previos con un «choque moral» (Jasper y Paulsen, 1995), el 15M surgió también del trabajo de organización de activistas con veteranía que buscaban superar los límites de movilización de protestas anteriores (Flesher Fominaya, 2015). El empeño en abrir la protesta a sectores de la población sin experiencia de activismo evoca la tarea que, desde 2009, estaba realizando la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) en favor de una participación transversal e inclusiva.

En los espacios colectivos de la PAH (asambleas, acciones de protesta, etc.) se subraya con insistencia que todas las personas pueden aportar al colectivo, con independencia del grado de tecnicidad o de conocimiento político que la contribución denote. Expresiones como «no preguntes qué puede hacer la PAH por ti, pregúntate qué puedes hacer tú por la PAH», escuchadas a menudo en las asambleas, no son meras preguntas retóricas. Su objetivo es estimular la implicación de

1 Los nombres de las autoras están listados de forma aleatoria, indicando una contribución similar al texto.

todas[2], reconociendo la diversidad de herramientas, saberes y experiencias que la «ciudadanía ordinaria» puede aportar. Desde coordinar una acción de protesta, hasta contribuir con una tarta hecha en casa, la PAH «genera» una multitud de tareas con la que aspira a transversalizar la base de la organización. Este estilo de participación contrasta con lo que practican movimientos por el derecho a la vivienda en otros contextos, que suelen reconocer dificultades para movilizar e incluso una cierta tendencia al asistencialismo (Breault, 2017).

En este capítulo analizamos los resortes de la apuesta de la PAH por la participación inclusiva y transversal. Inspirados por trabajos que exploran el porqué de ciertas prácticas (Ancelovici, 2016), no consideramos este estilo de participación como un hecho consolidado, sino como el producto inestable y cambiante de un proceso continuo de ensayo y error. En las páginas que siguen, mostramos cómo las decisiones que se toman en la PAH para alcanzar el ideal transversal e inclusivo están, por un lado, inspiradas por los aprendizajes previos de las activistas más bregadas y, por otro, son constantemente modeladas por las necesidades cotidianas de las personas afectadas por la inseguridad habitacional. Para ello nos basamos en entrevistas con seis de las fundadoras de la PAH y con otras activistas, realizadas entre 2013 y 2017, y en centenares de horas de observación de asambleas y acciones de protesta de la sección de Barcelona[3].

Las barreras diarias a la participación de la ciudadanía ordinaria

La mayoría de las activistas de la PAH no tienen experiencia militante previa. Se trata de «ciudadanas ordinarias» que se ven abocadas a la política de base después de no haber sido capaces de solucionar sus problemas de vivienda a través de acciones individuales, como intentar

2 Este texto recurre al femenino genérico. Esta es la solución que nos parece reflejar más fielmente la movilización que analizamos, donde las mujeres son mayoría. Cuando la comprensión del argumento lo requiera, distinguiremos los géneros.

3 Los argumentos y datos empíricos expuestos en este capítulo se basan en un trabajo de puesta en común de nuestras investigaciones respectivas sobre la PAH. Felipe González Santos estudia los procesos de cuidados y empoderamiento en la PAH. Montserrat Emperador Badimon investiga diferentes aspectos del militantismo en la PAH, como la gestión emocional y el repertorio táctico.

negociar las condiciones del contrato de hipoteca o alquiler, o contactar con los servicios sociales del municipio. Estas ciudadanas ordinarias se encuentran con tres barreras fundamentales que dificultan su participación en organizaciones sociales como la PAH (Santos, 2020).

La primera barrera tiene que ver con el sentimiento de vergüenza. El estigma de la pobreza y el hecho de que muchos contratos de hipoteca incluyeran a familiares como avalistas, hace que muchas personas que llegan a la PAH no hayan compartido su situación ni con sus círculos más cercanos:

> Supe sobre la PAH a través de un amigo que también tenía problemas con su hipoteca, pero no vine aquí hasta un año después […]. Los había visto por la tele con las camisetas verdes y, no sé, ¿qué pensaría mi familia si me viesen ahí? No quería que mis padres pensaran que estaba en la calle protestando con desconocidos en lugar de buscando un trabajo […]. Me llevó varias semanas entrar en el local. Venía al local, me quedaba fuera en la puerta un rato y luego me iba. Estaba muerta de vergüenza (activista de la PAH, agosto 2017).

Este sentimiento dificulta tanto la socialización del problema personal, como la identificación de la persona afectada con el colectivo militante.

Segundo, la «impotencia aprendida» (Peterson *et al.*, 1993) y la falta de identificación con las formas de hacer del activismo constituyen una segunda barrera. La frustración generada por negociaciones infructuosas con el banco o la casera para evitar un desahucio, o la insatisfacción ante unos servicios sociales que no ofrecen alternativas a las personas afectadas, son el origen de una percepción personal de fracaso constante, de no ser capaz de mejorar su propia situación o de influir en el curso de los acontecimientos, que se traduce en derrotismo y pasividad. Esto lleva a las personas afectadas a desestimar la toma de contacto con el activismo.

Además de la impotencia aprendida, la falta de identificación con las formas del activismo también puede conducir a evitar este contacto. Este sentimiento de extrañeza puede deberse a multitud de factores: prejuicios sobre el activismo («una cosa de hippies», como nos contaba un activista de Sevilla), ausencia de referentes y de experiencias previas de participación en una acción colectiva y de «disposiciones a la protesta» (en el sentido de inclinación, de apetencia forjada en el curso de

la socialización, cf. Mathieu, 2007), o sentimientos de «incompetencia política» (Gaxie, 2007), de no saber cómo «encajar» en un colectivo de protesta.

Finalmente, otras personas simplemente no saben cómo participar en la PAH. Muchas tienen dudas sobre cómo entrar en contacto con el grupo, cómo van a participar en el mismo o qué tipo de tareas tendrán que hacer. Sin haber participado antes en organizaciones sociales, mucha gente se siente sobrepasada porque no se sienten capaces de hablar en público durante una asamblea, participar en una manifestación. Esto es mucho más evidente si pensamos en actividades más técnicas, que no eran parte del día a día de estas personas, como participar en chats de Telegram o escribir en Twitter.

Aprender de otros espacios militantes: el valor de la diversidad

Las personas que, en febrero de 2009, convocaron la primera asamblea de la PAH, venían participando en diversos espacios políticos desde finales de los noventa: en el movimiento okupa, anti o alterglobalizacion, contra la guerra y en el movimiento vecinal (Ancelovici y Emperador Badimon, 2019; Santos, 2020). Es difícil entender la aspiración de la PAH a la transversalidad sin tomar en cuenta las lecciones aprendidas por los y las fundadoras en estos otros espacios políticos.

A finales de los años noventa y principios de los 2000, el movimiento alter y antiglobalización fluía a ritmo de contracumbres (Seattle en 1999, Praga en 2000, Gotemburgo en 2001, etc.). En Cataluña, se montaron campañas para denunciar la Europa «del capital y de la guerra». Algunas fundadoras de la PAH dicen descubrir en estas campañas un espacio que, a diferencia de los partidos y los sindicatos, «busca una forma de participación mucho más directa donde la gente no tenga que tener una identidad política fuerte ni un carnet para participar, donde a todo el mundo se le valore por lo que pueda aportar, sea lo que sea y venga de donde venga» (Fundadora de la PAH, diciembre 2013). Es también en el marco de estas campañas, que las futuras fundadoras empiezan a experimentar con la ocupación de espacios municipales en desuso, para señalar «la contradicción de los supuestos progresistas que iban diciendo "No a la guerra" pero que aquí no actuaban contra los problemas principales de la población» (*Ibid.*).

La «liberación de espacios» resuena con las prácticas del movimiento okupa, que vivía por esos años importantes transformaciones (Cattaneo y Martínez, 2014). Por un lado, desde la reforma del Código penal en 1995, la represión contra las okupaciones se había agudizado, lo que contribuyó también a proporcionarles mayor visibilidad y apoyos. Por otro lado, surgían nuevos centros sociales «2.0», que reivindicaban su singularidad frente a los «centros sociales okupados autogestionados» tradicionales: «a nosotros nos gustaba abrir espacios no previstos, no codificados, que permitieran nuevas formas de hacer política para que mucha otra gente que nunca hubiera participado, pudiera hacerlo» (*Ibid.*). El Ateneu Candela de Terrassa es uno de esos espacios, que se dota además de una Oficina de Derechos Sociales como las que funcionaban en el Patio Maravillas (Madrid) o la Casa Invisible (Málaga), y donde algunas fundadoras de la PAH empiezan a experimentar con el asesoramiento colectivo o el «sindicalismo desde abajo» (Fundadora de la PAH, febrero 2014).

Para las futuras fundadoras de la PAH, la actividad en los centros sociales 2.0 se combina con otras maneras de involucrarse en el tema de la vivienda y del derecho a la ciudad: proyectos de vida colectiva (Miles de Viviendas, primero en Nou Barris y luego en la Barceloneta) o colaboración con entidades vecinales para combatir proyectos urbanísticos depredadores o el acoso inmobiliario. El trabajo con las vecinas de la Barceloneta confronta estas militantes a una diversidad de saberes y competencias: «y cuando se enteraron de que había el Pla d'ascensors[4], ellas empiezan a leer, a escribir. Tengo escritos de la Emilia y de otra mujer que nos decían "Es que yo dejé la escuela a los 9 años, así que, nena, como que tengo muchas cosas por decir, tú ya me lo corregirás y me lo pasarás al ordenador"» (Activista de la PAH, mayo 2013). La lección que extraen las futuras fundadoras de la PAH es que la lucha común tenía mucho que ganar de la reunión de personas con trayectorias, saberes y potencialidades diversas.

4 Se le dio el nombre de Pla d'ascensors a una renovación del Pla General Metropolità (PGM) de 2007 que contemplaba la supresión de decenas de viviendas en la Barceloneta (los típicos «quarts de casa») para permitir la instalación de ascensores. Según las organizaciones vecinales, el pretexto de mejorar la accesibilidad de la vivienda para la población envejecida escondía en realidad intereses de dinamización del mercado inmobiliario en pleno proceso de turistificacion del barrio.

Cuidar: una lucha cotidiana por la transversalidad

La transversalidad no es una meta que se alcanza de una vez por todas ni se basa en una estrategia meramente discursiva de celebración de la diferencia o la creación de identidades colectivas a través de antagonismos compartidos. Al contrario, esta transversalidad se va construyendo día a día, facilitando la participación de la ciudadanía ordinaria a través de un pilar fundamental en la PAH: los cuidados. Por «cuidados» entendemos aquellas acciones encaminadas a «mantener, continuar y reparar nuestro «mundo» para que podamos vivir en él lo mejor posible. Ese mundo incluye nuestros cuerpos, nuestro yo interior y nuestro ambiente» (Tronto, 2013: 19). Es importante subrayar que los cuidados contribuyen a transversalizar la participación si se practican en colectivo, de manera relacional y «sensible a las necesidades de los demás» (Gilligan, 1994: 38).

En lo que sigue, vamos a describir tres tipos de dinámicas de cuidados: emocionales, identitarios y participativos. La repetición de estas dinámicas de manera más o menos planificada muestra que los cuidados dentro de las organizaciones tienen tanto un componente intuitivo (la «lógica de los cuidados» a la que se refieren Gilligan y que tiene que ver con comportamientos supuestamente innatos, vinculados a la socialización especifica de las mujeres) como un componente estratégico (la planificación de las relaciones de cuidados con el objetivo de favorecer la movilización y, en consecuencia, los objetivos de la organización). Estos dos componentes van de la mano y es difícil separarlos: las personas que participan en un grupo que planifica dinámicas de cuidado con un objetivo estratégico se socializan en esta lógica y la aplicarán de manera intuitiva en sus interacciones y, viceversa, personas con mayor tendencia a cuidar de manera intuitiva tenderán más a incluir los cuidados dentro de la planificación de sus organizaciones.

Cuidados emocionales

Un objetivo fundamental de los cuidados es confrontar y superar sentimientos tales como la vergüenza, la culpabilidad o el miedo, con los que la mayoría de afectadas llegan a la PAH. Las asambleas semanales de bienvenida juegan un papel clave en ese proceso de gestión emocional (Hochschild, 1979), puesto que son el espacio en el que las recién

llegadas son introducidas a la filosofía de la organización y expuestas a una visión alternativa de los motivos de la vulnerabilidad residencial.

Las asambleas de bienvenida suelen empezar con una presentación de lo que es la PAH y una explicación de la crisis de vivienda que desautoriza el discurso hegemónico de culpabilizacion de los afectados. El relato de la PAH pone el énfasis en la ausencia de una política social de vivienda y en la desregulación del sector financiero e inmobiliario, responsable de precios cada vez más desconectados de los ingresos del trabajo. Al comportamiento irresponsable de la banca, salvada con 64 mil millones de euros de dinero público entre 2008 y 2011, se opone el dilema imposible de las personas hipotecadas que se vieron abocadas a «escoger entre pagar la hipoteca o dar de comer a su familia». Este discurso, repetido en cada asamblea de bienvenida, busca mostrar a las personas afectadas que éstas sufren los efectos de algo sistémico de lo que no son responsables, por lo que no deben sentirse ni avergonzadas ni culpables.

La descripción de los procesos burocráticos y judiciales que empiezan con el impago de la vivienda sirve para reducir la incertidumbre de las personas afectadas. La mayoría de las personas que llegan a la PAH, ya sean hipotecadas, inquilinas u ocupantes en precario, desconoce los tiempos y los pasos de los procesos de desahucio, lo que alimenta mitos y temores. Recibir información sobre los procesos les permite planificar su defensa y recuperar un cierto sentimiento de control de la situación.

Cuidados identitarios

Generar un espacio en el que la gente se sienta apreciada y reconocida por los demás, y satisfecha consigo misma, es fundamental. Para lograrlo, la PAH anima a las activistas a realizar una multitud de tareas accesibles a todas: tomar el turno de palabra, velar por el silencio en la reunión, limpiar el local, encargarse del «ChikiPAH» en el que las niñas juegan mientras se desarrollan las reuniones, preparar carteles y pancartas… Este tipo de tareas representa a veces el primer acto de militancia de la ciudadanía ordinaria que acaba de llegar a la PAH. Estas contribuciones son apreciadas en público, delante del resto de la asamblea, lo que hace que las «nuevas» de la PAH se sientan útiles desde el primer momento.

La PAH anima a las personas recién llegadas a emprender algunas gestiones burocráticas, como darse de alta en la mesa de emergencia de vivienda (un registro municipal de personas en situación de exclusión

social que es indispensable para optar a vivienda pública) o solicitar la dación en pago para su hipoteca en su sucursal bancaria. La realización de estos trámites es la primera marca del inicio de la erosión de la impotencia aprendida. Por ejemplo, si antes de la entrega de la solicitud de dación en pago era el banco quien decía a las afectadas qué hacer, este evento modifica los roles ya que son las afectadas las que piden algo al banco. La PAH usa la expresión «pequeñas-grandes victorias» para expresar que no hay éxito pequeño si éste representa un hito importante para quien lo logra. Además, gracias a los momentos de celebración que siguen a cada uno de estos episodios, relatados en asamblea, cada pequeña victoria se convierte en un adelanto de la victoria final.

Cuidados participativos

Los cuidados participativos consisten en dar herramientas a las afectadas, para que éstas defiendan sus derechos, y en crear las condiciones que permitan dedicarse a ello. De nuevo, las asambleas juegan un papel clave en la atribución de herramientas. Además de la explicación del proceso de ejecución hipotecaria y de desahucio, la asamblea también proporciona herramientas a través de la asesoría colectiva. Cuando las afectadas presentan un caso o hacen seguimiento del mismo, el turno de palabra se abre y cualquier persona puede formular recomendaciones, basándose en su propia experiencia o en conocimientos adquiridos. Este proceso de compartir y, por lo tanto, de generar saberes comunes, es uno de los rasgos más característicos de la PAH, cuyas asambleas se han convertido, con el paso de los años y los conocimientos amasados, en espacios de intercambio de múltiples datos sobre políticas de vivienda, jurisprudencia y cualquier otro tema que sea de utilidad a las afectadas. Quien participa en estos debates con regularidad adquiere técnicas de negociación con bancos e instituciones, métodos de organización política, conocimientos en derecho hipotecario, informaciones sobre el funcionamiento de la administración, etc. Además de lo que puede aprenderse en la asamblea escuchando a las demás participantes, la PAH organiza actividades centradas en la colectivización del conocimiento, como talleres de lectura de contratos hipotecarios, sobre cláusulas abusivas y sobre legislación estatal y europea.

Además de proporcionar herramientas, la PAH intenta crear condiciones que faciliten la implicación de sus activistas. Una manera de

hacerlo es poniendo a disposición de todas, a través de la web, numerosos formularios que permiten realizar de forma sencilla trámites con la administración, los bancos o los caseros, rellenándolos con los datos personales de las afectadas. Otra manera de crear condiciones para facilitar la acción colectiva es reconociendo la centralidad de la vida familiar e integrándola a la cotidianidad militante. Por ejemplo, muchas secciones locales de la PAH disponen de un «ChikiPAH», espacios de juegos supervisados que acogen a las hijas de las activistas para que éstas puedan participar en las asambleas o en las acciones. Algunas secciones también coordinan grupos de estudio, que ofrecen ayuda para la realización de las tareas escolares de los y las niñas para que sus progenitores puedan dedicar tiempo a otras actividades.

Conclusión

Igual que se buscó durante el 15M, la PAH se pensó, desde el momento de su creación en 2009, como un movimiento ciudadano en el que las personas serían protagonistas de su proceso de reivindicación y ejercicio del derecho a la vivienda. Pero rápidamente se hizo evidente que la amplitud de la crisis de vivienda no conducía automáticamente a las afectadas hacia los colectivos de protesta. Al contrario, la vergüenza, la impotencia y la poca familiaridad con la lógica activista dificultaban su participación. A medida que las primeras activistas de la PAH iban acumulando casos de afectadas que gestionar, se planteó el riesgo del «asistencialismo», de convertir el colectivo en una taquilla de prestación de servicios, algo que se quería evitar a toda costa. Las fundadoras de la PAH habían aprendido que un movimiento «que pretenda realmente cambiar las cosas» (Fundadora de la PAH, noviembre 2013) debe contar con personas capaces de asumir su propia defensa e involucrarse en la de sus compañeras.

Para alcanzar el ideal de participación inclusiva y transversal la PAH ha optado por desplegar una dinámica de cuidados que cubre lo emocional, lo identitario y lo práctico, puesto que la clave de un movimiento inclusivo y transversal reside en la capacidad de proporcionar un espacio en el que la ciudadanía ordinaria se sienta reconocida. Así lo resume una activista de Barcelona, con cuyo testimonio terminamos:

> Durante el 15M, había gente que decía que las batucadas eran una mierda y que teníamos que ponernos serios y quemar contenedores

> para que la gente supiese que íbamos en serio. […]. Si quieres incluir a la gente común, a madres y abuelas, no puedes hacer eso porque les asusta. Si quieres transformar la sociedad tienes que generar dinámicas abiertas a todo el mundo. Si no, pues te quedaras en tu gueto de «puedo hacer este tipo de cosas porque tengo unos ciertos privilegios» (Activista de la PAH, junio 2017).

Bibliografía

Ancelovici, M. (2016), «Occupy Montreal and the Politics of Horizontalism», en Marcos Ancelovici, Pascale Dufour y Héloïse Nez (eds.), *Street Politics in the Age of Austerity. From the Indignados to Occupy,* Amsterdam University Press, 175-202.

— y Emperador Badimon, M. (2019), «Résister à la crise sur le pas de la porte : la lutte contre la dette et pour le droit au logement en Espagne», *Mouvements*, vol. 97, 94-103.

Breault, G. (2017), «Militantisme au sein des groupes de défense des droits des personnes locataires : pratiques démocratiques et limites organisationnelles», *Reflets – Revue d'intervention sociale et communautaire*, vol. 23, n.° 2, 181-204.

Cattaneo, C. y Martinez, M. (2014), *The Squatters Movement in Europe. Commons and Autonomy as Alternatives to Capitalism,* Londres, Pluto Press.

Flesher Fominaya, C. (2015), «Debunking Spontaneity: Spain's 15-M/Indignados as Autonomous Movement», *Social Movement Studies*, vol. 14, n.º 2, 142-163

Gaxie, D. (2007), «La compétence politique. Nouveaux questionnements et nouvelles perspectives», *Revue française de science politique,* vol. 57, n.° 6, 733-735.

Gilligan, C. (1994), *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

Hochschild, A. (1979), «Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure», *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-75.

Jasper, J.y Poulsen, J. (1995), «Recruiting strangers and friends: Moral shocks and social networks in animal rights and anti-nuclear protests», *Social problems*, vol. 42, n.º 4, 493-512.

Mathieu, L. (2007), «L'espace des mouvements sociaux», *Politix,* n.° 77, vol. 1, 131-151.

Onuch, O. (2014), *Mapping Mass Mobilization: Understanding Revolutionary Moments in Argentina and Ukraine*, Londres, Palgrave Macmillan.

Peterson, C., Maier, S., y Seligman, M., (1993), *Learned Helplessness: A Theory for the Age of Personal Control*, Nueva York, Oxford University Press.

Santos, F. G. (2020), «Social movements and the politics of care: empathy, solidarity and eviction blockades», *Social Movement Studies*, n.º 19, vol. 2, 125-143

Tronto, J. (2013), *Caring Democracy: Markets, Equality and Justice*, Nueva York: New York University Press.